

¡Qué aburrimiento!

Alejandro Cortés González-Báez

Nunca antes habíamos contado con tantos medios para aprender, divertirnos y ejercitarnos, y, sin embargo, seguimos aburridos. ¡Cuánto joven aburrido... y cuánta gente aburrada!

Solemos perder mucho tiempo en las redes sociales y viendo videos muy variados, dado que estas actividades nos sirven como descanso y distracción, pero no siempre, pues es fácil dedicarles espacios que deberíamos usar para atender a la familia o dormir las horas que realmente necesitamos.

Cuando usamos la frase: "perder el tiempo", corremos el riesgo de conceptualizar dicho tiempo como si fuera un bien común que le pertenece a una humanidad impersonal y desdibujada, por lo que me parece que sería más provechoso para nosotros decir "perder mi tiempo", es decir una parte irrepetible de la única vida que pasaré en este planeta. Mi tiempo es irremediablemente irrecuperable, a diferencia de otros bienes como el dinero, las cosas, la fama, el poder e, incluso, en algunos casos, la misma salud.

Aburrirme en esta época es posible en la medida en que no soy consciente de lo que soy, lo que valgo y de mi fin último. En definitiva, corro el grave peligro de ver los medios como si fueran un fin en si mismos y, por lo tanto, perseguirlos como si de ello dependiera mi felicidad. Cuando nos resbalamos por este desfiladero, tarde o temprano nos enteramos que nos salimos del camino válido por meternos en veredas que no llevan a ningún lado. Es entonces cuando todo nos sabe a nada; cuando decimos: ¿Y todo para esto?, o simplemente: "No valió la pena".

Hoy como siempre buscamos ser felices pero no sabemos cómo. Por eso vamos tanto al cine, alquilamos tantas películas, trabajamos muchas horas, y nos rodeamos de muchas personas... pero conservamos esa sensación de vacío que nada llena.

¿Será que todavía no alcanzamos el grado de poder que sea capaz de saciarnos? ¿Será que necesitamos ganar seis, o diez, o veinte veces nuestro sueldo para conseguirlo? ¿Será que una esposa, o un solo marido, y los hijos que con ellos se tengan, no bastan para llenar nuestras ansias de amar? ¿Será que la casa en la que vivimos o los coches que tenemos no son suficientes para que no necesitemos envidiar a los vecinos o cuñados? ¿No será que soy lo suficientemente torpe para darme cuenta que la felicidad anda por otros rumbos a los que la publicidad me invita?

¿Por qué no somos felices? Pues por que tenemos los sentidos despiertos y el alma dormida. Porque no sabemos amar; porque no sabemos oír, porque para nosotros las personas a veces valen menos que las cosas; porque espero ganarme la lotería y así resolver todos mis problemas; porque le tengo pavor al dolor y al sufrimiento y sé que algún día me morderán; porque sé que moriré... ¡y no estoy preparado! y porque trato de huir de todo ello. ¿Y si tuviera fe en un Dios que me ama y espera que yo le dé sentido a mi vida, seguiría viviendo como vivo?

www.padrealejandro.com